

deroso de aquel tiempo, y podia llegar á ser el mas útil á los hombres de bien, á pesar de sus vicios. Tampoco habia quedado muy corriente con los jacobinos, á quienes no agradaba y les era sospechoso por causa de la amistad que le suponian con los girondinos; y asi le habia servido de muy poco aquel viage con respecto á los dos partidos, aunque le habia sido muy útil con respecto á la parte militar.

Habia concebido, segun su antigua costumbre, un plan general, que adoptó el consejo egecutivo, con arreglo al cual debia Montesquiou mantenerse en la falda de los Alpes conservando el límite de aquella gran cordillera concluyendo la conquista de Niza y esmerándose en que continuara la neutralidad Suiza. Era necesario reforzar á Biron, á fin de defender el Rhin desde Basilea hasta Landau, y destinar un cuerpo de 12 mil hombres á las órdenes del general Meunier ⁶ para que se dirigiese á espalda de Custine á fin de cubrir sus comunicaciones. Kellermann tenia orden de dejar sus cuarteles y pasar rápidamente entre el Luxemburgo y Tréveris para ir á Coblenz, y egecutar asi lo que se le habia aconsejado y que tanto él como Custine hubieran debido hacer despues de mucho tiempo. Ultimamente tomando el mismo la ofensiva con 80 mil hombres, debia redondear el territorio frances con la proyectada ad-

quisicion de la Bélgica. De este modo conservando la defensiva en todas las fronteras que estaban protegidas por la naturaleza del terreno solo se atacaba con osadia en la que estaba abierta, que era la de los Países Bajos, en la cual, como decia Dumouriez *no era posible defenderse sino ganando batallas.*

Consiguió por la mediacion de Santerre, que se abandonase como absurda la idea del campamento junto á Paris, y que cuantas reuniones se habian hecho asi de hombres como de artilleria, municiones y efectos de campamento, se enviasen á Flandes para servir en su ejército donde se carecia de todo. Que se agregasen zapatos, capotes y seis millones de francos en numerario para pagar el pré á los soldados, mientras entraban ó no en los Países Bajos, pues una vez llegado alli, esperaba bastarse á si mismo. Marchó el 16 de octubre, un poco desengañado de eso que llaman agradecimiento público, y menos acorde con los partidos que lo estaba antes, sin otra indemnizacion de su viage que algunos acuerdos militares hechos con el consejo egecutivo.

Durante todo este intervalo habia continuado la convencion obrando contra el ayuntamiento, acelerando su renovacion y vigilando todos sus actos. Petion habia sido nombrado corregidor por una mayoria de 13,899 votos, mientras que Ro-

bespierre no habia sacado mas que 23, Billaud-Varenes 14, Panis 80 y Danton 11. Mas no se piense en comparar la popularidad de Robespierre y de Petion por esta diferencia en el número de votos, porque dependia de la costumbre de ver en el uno un corregidor y en el otro un diputado, sin pensar en otra cosa respecto á ninguno de los dos; pero siempre aquella inmensa mayoria prueba la popularidad de que todavia gozaba el corifeo principal del partido girondino. Es de advertir que Bailly obtuvo dos votos que fueron un singular recuerdo de aquel virtuoso magistrado de 1789. Reusó Petion el corregimiento, porque estaba cansado de las convulsiones del ayuntamiento, y preferia las funciones de diputado en la convencion nacional.

Las tres principales providencias que se proyectaron en la famosa sesion del 24 de setiembre eran una ley contra las provocaciones á los asesinatos, un decreto sobre la formacion de la guardia departamental, y últimamente un informe exacto del estado de Paris. Las dos primeras, que estaban confiadas á la comision de los nueve, escitaron un grito continuo en los jacobinos, en el ayuntamiento y en las secciones; mas no por eso dejó de continuar sus tareas la comision, al mismo tiempo que iban llegando de varios departamentos, y entre otros del de Marsella y Calvados

algunos batallones anticipándose, como antes del 10 de agosto, al decreto sobre la guardia departamental. Roland, que estaba encargado de la tercera providencia, [es decir, del informe sobre el estado de la capital, lo hizo con firmeza y rigurosa verdad. Describió y disculpó la confusion inevitable de la primera insurreccion, pero trazó con energia y reprobó altamente los crímenes que el 2 de setiembre habia añadido á la revolucion del 10 de agosto; patentizó todos los sucesos del ayuntamiento, sus abusos de poder, sus prisiones arbitrarias, sus inmensas dilapidaciones, y concluyó con estas palabras.

« Un departamento prudente pero poco poderoso; un ayuntamiento activo y déspota; un pueblo escelente, pero cuya parte sana está intimidada ó comprimida, mientras que la otra está seducida por aduladores é inflamada por la calumnia; confusion de autoridades, abuso y desprecio de las que están constituidas; fuerza pública débil ó nula, por estar mal mandada: he aquí el estado de Paris. *

Este informe fué cubierto de aplausos por la mayoria ordinaria, no obstante que durante la lectura hubo algunos murmullos en la Montaña. Mas entretanto escitó una gran agitacion una carta escrita por un particular á un magistrado, y

* Sesion del 29 de octubre.

comunicada por este al consejo ejecutivo, en la cual se descubria el proyecto de un nuevo dos de setiembre contra una parte de la convencion. Una frase de aquella carta relativa á los conspiradores decia: *ellos no quieren oír hablar mas que de Robespierre*. Al oír esta palabra todos volvieron la vista hacia él, manifestando unos su indignacion, y otros escitándole á que tomara la palabra. En efecto la tomó para oponerse á la impresion del informe de Roland, que calificó de libelo infamatorio y sostuvo que no se le debia dar publicidad antes que fuesen oídos los que eran acusados en él y particularmente él mismo. Estendiéndose entonces sobre lo que le era personal, principió á justificarse, pero no podia lograr que le escuchasen á causa del ruido que habia en la sala.— Habla, le decia Danton, habla que aqui están los buenos ciudadanos que te escuchan. Luego que Robespierre consiguió dominar el bullicio, principió otra vez su apologia y desafió á sus adversarios á que le acusasen cara á cara y presentasen alguna prueba positiva. Al oír esto se levanta Louvet y dice—Yo, yo soy quien te acuso, y al acabar esta palabra estaba ya tocando con el pie en la tribuna, y detras de él Barbaroux y Rebecqui para sostener la acusacion. Al ver esto se conmovió Robespierre y se le mudó el color, pidiendo que fuese oído su acusador y que se le escuchase

despues. Sucedióle Danton en la tribuna, se quejó del sistema de calumnia organizado contra el ayuntamiento y la diputacion de Paris, y repitió acerca de Marat, que era la principal causa de todas las acusaciones, lo mismo que ya habia declarado, es decir que á pesar de que no era santo de su devocion, habia hecho experiencia de su *temperamento volcánico é insociable*, y que era absurda toda idea de coalicion triunviral. Concluyó pidiendo que se señalase dia para discutir aquel informe y la asamblea decretó su impresion, aunque difiriendo su distribucion á los departamentos hasta que se hubiese oído á Louvet y á Robespierre.

Tenia Louvet osadia y valor; su patriotismo era sincero, pero contribuía á su odio contra Robespierre el resentimiento personal de una lucha, que se principió en los jacobinos, se continuó en el *Centinela*, se renovó en la asamblea electoral y pasó á ser mas violenta luego que se encontró facha á facha con su envidioso rival en la convencion. A la estremada petulancia de su carácter reunia Louvet una imaginacion romanesca y crédula que le estraviaba y hacia suponer conciertos y conspiraciones donde no habia mas que el efecto natural y espontáneo de la pasion. Creía sus propias suposiciones, y se empeñaba en que sus amigos tuviesen la misma fe que él; pero encon-

traba una oposicion terrible en la fria serenidad de Petion y de Roland y en la indolente imparcialidad de Vergniaud. Buzot, Barbaroux y Guadet, sin ser igualmente crédulos, ni suponer tan complicados planes, creían en la malicia de sus adversarios y auxiliaban los ataques de Louvet por indignacion y valor. Salles que era diputado de la Meurthe, enemigo tenaz de los anarquistas en la constituyente y en la convencion, estaba dotado de una imaginacion sombría y violenta y era el único accesible á todas las sugestiones de Louvet, creyendo como el que se tramaban vastas conspiraciones en el ayuntamiento y se estendian hasta los paises estrangeros. Como amigos apasionados de la libertad, no podian consentir Louvet y Salles en que se la imputáran tantos males, y preferian creer que los Montañeses, y en particular Marat estaban pagados por la emigracion y la Inglaterra para estraviar la revolucion hácia el crimen con deshonor y confusion general. No estaban tan seguros con respecto á Robespierre, pero por de contado veían en él un tirano devorado de orgullo y ambicion, que caminaba por todos los medios al supremo poder.

Resuelto Louvet á combatir osadamente contra Robespierre y no dejarle descanso alguno, tenia pronto su discurso, y le llevaba consigo el dia en que Roland debía presentar su informe; y así es-

taba preparado á sostener la acusacion cuando se le concedió la palabra, que tomó al instante, é inmediatamente despues de Roland.

Ya estaban bastante inclinados los girondinos á juzgar mal de los sucesos, y suponer proyectos criminales donde no habia mas que pasiones exageradas; pero para el crédulo Louvet era mucho mas evidente la conspiracion y mas fuertemente combinada. Veía en la exageracion creciente de los jacobinos, y en el ascendiente que entre ellos habia obtenido Robespierre durante el año de 92 una trama urdida por aquel ambicioso tribuno. Le pintó rodeado de satélites, á cuya violencia entregaba sus contradictores, haciéndose á sí mismo objeto de un culto idólatra, y propagando por todas partes antes del 10 de agosto que él era el único que podia salvar la libertad y la Francia, ocultándose aquel terrible dia y volviendo á presentarse dos dias despues del peligro, yéndose derecho al ayuntamiento, á pesar de la promesa que habia hecho de no aceptar plaza alguna, y sentándose de su plena autoridad en la oficina del consejo general; apoderándose allí de unos cuantos vecinos alucinados á quienes empeñaba en los mayores escesos, yendo á insultar por él á la asamblea legislativa y exigiendo de ella decretos con la amenaza del rebato; ordenando, sin descubrir nunca el cuerpo, las matanzas y ro-

hos de setiembre, para apoyar la autoridad municipal con el terror, enviando luego emisarios por toda Francia, que iban aconsejando los mismos crímenes, é instando á las provincias á que reconociesen la superioridad y autoridad de Paris. Robespierre, añadió Louvet, queria destruir la representacion nacional para sustituirla el ayuntamiento de que disponia, y darnos el gobierno de Roma, en que bajo el nombre de Municipios, estuviesen las provincias sometidas á la tirania de la metrópoli. Dueño asi de Paris y por consecuencia de Francia, se encontraba siendo sucesor de la destruida corona; pero sabiendo que se acercaba el momento de la reunion de una nueva asamblea, habia pasado desde el consejo general á la asamblea electoral, y dirigido sus elecciones por medio del terror, á fin de ser dueño de la convencion con el auxilio de la diputacion de Paris.

El era quien habia designado á los electores aquel hombre de sangre cuyos pasquines incendiarios llenaban de sorpresa y espanto á la Francia. Ese libelista, con cuyo nombre decia Louvet que no queria manchar sus labios, no era mas que el testa ferrea de los asesinatos, asalariado para predicar el crimen y calumniar á los ciudadanos mas puros, si bien dotado del valor que faltaba al cauteloso Robespierre. En cuanto á Dan-

ton le esceptuaba Louvet de la acusacion, admirándose de que se hubiera lanzado á la tribuna para rechazar un ataque que no iba dirigido contra él. Sin embargo no le daba por esento de los crímenes de setiembre, porque en aquellos funestos dias, cuando todas las autoridades, la asamblea, los ministros y el corrégidor hablaban en vano para contener las matanzas, solo el ministro de la justicia estaba silencioso; y porque últimamente él era el único esceptuado en los famosos carteles, de las calumnias esparcidas contra los ciudadanos mas honrados. « Dios te conceda, gritó « Louvet, Dios te conceda ¡oh Danton! lavarte á « los ojos de la posteridad de esa deshonrosa es- « cepcion » Una nube de aplausos cubrió aquellas generosas quanto imprudentes palabras.

Por mas que hubiese sido constantemente aplaudida esta acusacion, no dejaron de oirse bastantes murmullos que siempre se habian apagado con una sola palabra, frecuentemente repetida durante la sesion. Haced que se guarde silencio, decia Louvet al presidente, *porque voy á tocar en el mal* y entonces empezarán los gritos. — Tocadle, tocadle cuanto antes, decia Danton, y cada vez que volvian los murmullos gritaban algunos: *guarden silencio los que se sientan heridos.*

Últimamente resumió Louvet su acusacion en estos términos: « Robespierre, yo te acuso de que

« has calumniado á los ciudadanos mas puros, y
 « lo has hecho en un dia en que calumniar
 « era proscribir; te acuso de haberte presentado
 « tu mismo como un objeto de idolatria, y haber
 « hecho esparcir la voz de que eras el único hom-
 « bre capaz de salvar la Francia; te acuso de ha-
 « ber envilecido, insultado y perseguido la re-
 « presentacion nacional, de haber tiranizado la
 « asamblea electoral de Paris, y aspirado al poder
 « supremo por medio de la violencia y el terror,
 « y por tanto solicito que se nombre una comi-
 « sion que examine tu conducta. » Propuso Louvet
 una ley que condenase al destierro á todo el que
 se valiese de su propio nombre para introducir la
 division entre los ciudadanos, y quiso que se añadi-
 diese á las medidas que estaba encargada de pro-
 yectar la comision de los nueve otra muy necesaria,
 y consistia en poner la fuerza armada á la
 disposicion del ministro del interior. « Ultima-
 « mente, dijo, pido ahora mismo que se espida
 « un decreto de acusacion contra Marat..... ¡ Dios
 « mio, Dios mio ya le he nombrado. »

Aturdido Robespierre con los aplausos prodi-
 gados á su adversario, quiso tomar la palabra,
 pero con el ruido y murmullos que escita su
 presencia, vacila y se alteran sus facciones y su
 voz, mas al fin pudo pronunciar algunas pala-
 bras pidiendo término para preparar su de-

fensa. Fuele concedido sin dificultad hasta el 5
 de noviembre, y en verdad que no fué poca for-
 tuna para él porque aquel día estaba la asamblea
 llena de la mayor indignacion.

Por la noche hubo grandísimo rumor en los ja-
 cobinos, donde se censuraban todas las sesiones
 de la convencion, y acudió una multitud de
 miembros asustados á referir la *conducta horrible*
 de Louvet, pidiendo que se le borrara de la lista.
 El habia tenido la osadia de calumniar á la so-
 ciedad, de culpar á Danton, á Santerre, á Ro-
 bespierre y á Marat, pidiendo un decreto de acu-
 sacion contra los dos últimos, proponiendo leyes
 sanguinarias, atentatorias á la libertad de la im-
 prenta, y solicitando que se renovase el *ostracismo*
de Atenas. Añadió Legendre que aquel era un *gol-
 pe preparado*, supuesto que Louvet llevaba ya es-
 crito su discurso, y evidentemente el informe de
 Roland no habia tenido otro objeto que el de fa-
 cilitar ocasion para aquella diatriba.

Se quejó Fabre d'Eglantine de que todos los
 dias se iba aumentando el escándalo, y no se ce-
 saba de calumniar á Paris y á los patriotas enla-
 zando congeturas y suposiciones de poca impor-
 tancia, hasta hacer que resulte una vasta conspi-
 racion, sin que se nos diga, ni donde está ni cua-
 les son los agentes y los instrumentos. Si hubiese
 siquiera un hombre que lo hubiera visto todo y

podido calificarlo todo en uno y otro partido, nadie podria dudar de que aquel hombre amante de la verdad, podria dárosela á conocer. Ahora bien, ese hombre es Petion, y será preciso que obligueis á su *virtud*, á que diga todo lo que haya visto, y se explique acerca de los crímenes imputados á los patriotas. Por mas condescendiente que se le suponga con sus amigos, me atrevo á asegurar que no le han corrompido las intrigas. Petion es siempre puro y sincero y ya que se proponia hablar hoy, obligadle á que se explique.

Se opuso Merlin á que se constituyese juez á Petion entre Robespierre y Louvet, porque era violar la igualdad hacer á un ciudadano juez supremo de los demas. Fuera de que por mas respetable que sea Petion ¿qué sucederia si llegase á prevaricar? ¿no es hombre? ¿no es amigo de Brissot y de Roland? ¿no recibe en su casa á Lasource, á Vergniaud, á Barbaroux y á todos los intrigantes que comprometen la libertad?

Hubo de abandonarse la mocion de Fabre, y entonces Robespierre el menor, tomando un tono lamentable, como hacian en Roma los parientes de los acusados, espresó su dolor, y se quejó de no haber sido calumniado como su hermano. «Este es el momento, dijo, de los mayores peligros porque no todo el pueblo está en nuestro favor, como que solos los ciudadanos de Paris están su-

«ficientemente ilustrados, mientras que los demas apenas saben lo que pasa.... Sería pues muy posible que la inocencia sucumbiese el lunes, porque la convencion toda entera ha escuchado las largas imposturas de Louvet. Ciudadanos, he tenido un gran sobresalto, porque me parecia que los asesinos iban á dar de puñaladas á mi hermano. He oido á algunos decir que pereceria á sus manos, y otro me dijo que deseaba ser su verdugo.» Al oír estas palabras se levantaron muchos socios y dígeron que tambien ellos habian sido amenazados por Barbaroux, por Rebecqui y por muchos ciudadanos de las tribunas; que los que les amenazaban habian dicho que era preciso deshacerse de Marat y Robespierre. Entonces rodearon al hermano menor, prometiéndole vigilar sobre el otro, y decidieron que todos los que tuviesen amigos ó parientes en los departamentos les escribiesen para ilustrar la opinion. Al bajar de la tribuna Robespierre el menor, no dejó de añadir una calumnia, y fué decir que le habia asegurado Anacarsis Clootz, que todos los dias tenia que romper lanzas en casa de Roland contra el federalismo.

Llegó por fin el turno del fogoso Chabot, á quien habia herido particularmente lo que dijo Louvet en su discurso, de que se atribuia el diez de agosto á él y á su amigo, y el 2 de setiembre á doscientos asesinos. «Yo, dijo Chabot, yo me

« acuerdo de que el 9 de agosto por la tarde me dirigí á esos señores del lado derecho para proponerles la insurreccion, y me respondieron con una risita falsa; por consiguiente no se con que derecho se atribuyan el 10 de agosto. Por lo que hace al 2 de setiembre, su autor no es otro que ese mismo pueblo que habia hecho á pesar de ellos la insurreccion del 10, y quiso vengarse despues de la victoria. Dice Louvet que no habia allí doscientos asesinos, y yo puedo asegurar que pasé con los comisarios de la legislativa debajo de una bóveda de diez mil sables por lo menos, y entre ellos conocí á mas de ciento cincuenta confederados. En las revoluciones no hay crímenes, y á ese mismo Marat tan acusado no le persiguen mas que por hechos relativos á la revolucion. Hoy acusan á Marat, á Danton y á Robespierre, y mañana llegará el turno de Santerre, Chabot, Merlin etc. »

Escitado por aquellas atrevidas palabras, se atrevió un confederado que se hallaba presente en la sesion á decir lo que hasta entonces no se habia atrevido nadie á confesar: esto es, que él con gran número de camaradas suyos habia estado *trabajando* en las prisiones, bien persuadido de que solo habia degollado conspiradores y fabricantes de asignados falsos, salvando á Paris de la carniceria y del incendio. Añadió que daba

gracias á la sociedad por la benevolencia que habia manifestado á todos los suyos, y que al dia siguiente salian para el ejército, sin llevar otro sentimiento mas que el de dejar á los patriotas en medio de tantos peligros.

Esta horrenda declaracion terminó la junta, á la cual no habia asistido Robespierre, ni asistió en toda aquella semana, preparando su respuesta, y dejando á sus partidarios el cuidado de preparar la opinion. Entre tanto el ayuntamiento de Paris persistia en su conducta y sistema, diciéndose públicamente que habia sacado hasta diez millones de francos de la caja de Septeuil, tesorero de la casa real, y en aquel mismo instante estaba esparciendo una peticion á las 48 municipalidades contra el proyecto de conceder una guardia á la convencion. Inmediatamente propuso Barbaroux cuatro decretos formidables y perfectamente concebidos.

Por el primero se privaba á la capital del derecho de tener en su seno á la representacion nacional, en caso de no saber protegerla contra los insultos y violencias.

Por el segundo se encomendaba á los confederados y gendarmas nacionales la guardia de la representacion nacional y de los establecimientos públicos, juntamente con las secciones armadas de Paris; por el tercero debia la convencion cons-